EL CARDENAL DE RETZ.

(1654).

En 1652, el cardenal de Retz [1], que habia tomado parte muy activa en las turbulencias de la Fronda, perdia su tiempo en nuevas maquinaciones políticas y en negociaciones inútiles con los ministros, cuando inopinadamente fué preso en el palacio del Louvre el 19 de diciembre. Encerrado primeramente en Vincennes, se vió obligado á renunciar el arzobispado de Paris para obtener su traslacion al castillo de Nantes, donde se hallaba de gobernador Chalucet, uno de sus amigos. De allí logró evadirse, segun él mismo lo cuenta en el siguiente extracto de sus *Memorias :*

« El mariscal de la Meilleraye y el primer presidente de Bellievre, vinieron á buscarme á Vincennes... Como el mariscal estaba afligido de la gota, no le fué posible subir hasta mi cuarto, lo que dió tiempo á Bellievre para decirme al bajar la escalera, que me guardase bien

1. Juan Francisco de Gondy, cardenal de Retz; uno de los espíritus mas turbulentos de la época de Luis XIV. Destinado á la Iglesia por su padre Manuel de Gondy, almirante de Francia, fué nombrado arzobispo de Paris y obtuvo la púrpura en 1651. Tomó una parte muy activa en las maquinaciones políticas que produjeron la guerra civil llamada *de la Fronda*, durante la minoría de Luis XIV (1648 á 1653). Murió en Paris en 1679, á la edad de 66 años. (*N. del traductor.*)

de dar una palabra que iban á exigir de mí. Encontramos abajo al mariscal, el cual desde luego me pidió efectivamente le diese palabra de no escaparme. Yo le respondí que los prisioneros de guerra daban en ciertos casos su palabra, pero que no sabia se exigiese lo mismo de los reos de Estado... — « No es esa la cuestion, interrumpió M. de Bellievre, creo que el cardenal no rehusará dar su palabra, si fiais enteramente en ella y no poneis á su lado guardias ni carceleros. Porque si le haceis guardar, ¿de qué sirve que empeñe su fé El hombre á quien se guarda está libre de todo empeño. »

» El primer presidente obraba, al decir esto, á ciencia cierta, pues sabia que la reina habia hecho prometer al mariscal que me haria guardar rigurosamente. Este miró á M. de Bellievre y le contestó : — « Bien sabeis que no me es posible aceptar esa proposicion ; vamos, continuó volviendo hácia mí, forzoso será guardaros, pero será de manera que no os quejareis de mi rigor. »

» En efecto, quedé exclusivamente á la guarda del mariscal de la Milleraye, que me cumplió su palabra ; pues no es posible usar de mas consideraciones que las que tuvo conmigo. Aparte de la natural vigilancia que su responsabilidad exigia, yo era en lo demas dueño de mis actos y podia recibir á todos mis amigos. Me procuraban todas las distracciones posibles, y cada noche recibia numerosa sociedad, en la que se contaban las principales familias de Nantes. Se improvisó un teatro en el castillo, con gran contentamiento de los aficionados de la ciudad que usaron de él frecuentemente ; y al espectáculo seguia generalmente una cena en la que las señoras tomaban parte. En fin, nada se excusó para hacer menos duro mi cautiverio. Pero este no era por eso menos efectivo, y el cuidado y la vigilancia no se adormian un instante. Me guardaban de vista, y la cámara

que habitaba, que era cómoda y espaciosa, estaba vigilada en su entrada única, por seis soldados que ocupaban dia y noche la antecámara. Mi habitacion tenia tambien una ventana, pero muy alta, y que daba al patio donde se hallaba el cuerpo de guardia. En mi paseo cuotidiano salia siempre acompañado por los seis soldados que guardaban mi puerta, los cuales se quedaban en un terradillo, desde el que podian verme pasear por el jardin, situado á lo largo del bastion ó rebellin que da sobre el rio...

Esta prision me era de dia en dia mas intolerable, y al cabo resolví buscar los medios de evadirme. El presidente me instaba por su parte, y Montresor me envió una carta, por medio de una señora de Nantes, en la que me decia « que al fin del mes debian trasladarme á Brest, si yo no lo impedia antes con mi fuga. » La empresa era harto difícil. Lo principal era distraer al mariscal, y en esta ocasion conocí que las personas mas desconfiadas son las mas fáciles de engañar. Participé en seguida mis proyectos á M. de Brissac, que hacia por este tiempo continuos viajes á Nantes, y que prometió servirme. Como él viajaba generalmente con gran tren de criados y equipaje, y le seguian varias mulas cargadas de cofres, me ocurrió la idea de aprovechar esta circunstancia, y le dije si no seria posible llevar un baul mayor que los otros, preparado con una ventanilla en el fondo, y en el que yo pudiese entrar sin gran trabajo. El medio me parecia practicable, y por su sencillez, de resultado seguro.

« M. de Brissac lo aprobó enteramente, pero en un viaje que hizo á Machecul, cambió por completo de opinion. Volvió á Nantes convencido, segun él decia, de que mi proyecto era arriesgado, si no imposible.... pero me dió palabra de ayudarme en todo lo que no tuviese relacion con lo interior del castillo. En su consecuencia to-

mamos nuestras medidas sobre un nuevo plan que sustituí al primero.

» Ya he dicho que solia pasearme por el jardincillo del rebellin que da sobre el Loira. Como estabámos en el mes de agosto, el rio traia poca agua, y habia yo observado que el agua dejaba un espacio descubierto al pié del bastion. Habia notado igualmente, que entre el jardin y el terrado donde quedaban mis guardias en observacion durante el paseo, existia una puerta que Chalucet habia hecho poner para impedir que los soldados devastasen su huerto. Sobre estos datos construí mi nuevo plan. Pensé que me seria fácil cerrar esta puerta al paso, lo que si no impedia la vista á mi escolta, estorbaria que viniesen inmediatamente á mi alcance, y descolgarme despues por una cuerda que sostendrian mi médico y el abate Rousseau, hermano de mi mayordomo; llegando así rápidamente al pié del bastion donde de antemano se hallarian preparados algunos caballos, con cuatro de mis amigos que debian acompañarme.

» Este proyecto era de muy difícil ejecucion. No podia efectuarse, sino en medio del dia, entre dos centinelas colocados á treinta pasos de distancia, y á la vista de mi escolta que si no podia venir desde luego á mi alcance, nada le impedia tirar sobre nosotros desde su puesto de observacion. Era necesario tambien que los cuatro amigos que debian acompañarme y favorecer mi evasion, se hallasen á punto al pié del rebellin, y en el momento dado, para que su presencia en aquel sitio no despertase las sospechas. Pasarme de ellos me seria imposible, pues debia atravesar un paraje que era el paseo ordinario de los guardias del mariscal.

» Si mi designio hubiera sido únicamente escapar de la prision, bastaba la acertada combinacion de los medios indicados para lograrlo; pero mis pretensiones iban mas lejos. Tenia la intencion de ir directamente á

Paris y de presentarme en público : mi popularidad y mis numerosos partidarios hubieran hecho el resto ; pero este golpe de audacia no podia verificarse sin recurrir á otro medio que parecia insensato, y que por esta sola razon podia tener éxito, y era el de tomar la diligencia de Nantes á Paris, único modo de evitar las gentes que el mariscal de la Meilleraye no dejaria de enviar en mi busca. Conveníame ante todo prevenir á mis amigos de la capital, y que la noticia de mi evasion no fuese conocida en la córte antes de mi llegada.

» Nuestro siglo no hubiera presentado un hecho mas extraordinario, si un completo éxito hubiera coronado mis planes; pero mi objeto principal fracasó por una pequeñísima causa, cuando ya habia vencido las mayores dificultades.

» Mi evasion se verificó, tal como la habia dispuesto, el 8 de agosto á las cinco de la tarde. La puerta del jardin se cerró trás mí casi naturalmente, y descendí sin gran esfuerzo del bastion, que tenia cuarenta piés de alto, á horcajadas sobre un palo atado al extremo de una cuerda. Un ayuda de cámara, que está aun á mi servicio, llamado Fromentin, distrajo en tanto á los soldados dándoles de beber; y como si la casualidad se quisiese poner tambien de mi parte, acabó de fijar su atencion un hombre que se estaba bañando en el rio y que se ahogaba. El centinela colocado á veinte pasos de mí, pero al extremo opuesto del bastion, no se atrevió á hacer fuego, porque, al verle preparar el mosquete y sacudir la mecha, le grité que si tiraba le haria ahorcar, y despues confesó en el tormento que al oir esta amenaza, creyó que el mariscal estaba de acuerdo conmigo. Dos pajes que se bañaban y que al verme suspendido en la cuerda, empezaron á gritar que me escapaba, ó no fueron oidos, ó creyeron que sus gritos eran por el hombre que se ahogaba. Mis cuatro compañeros se encontraban ya al pié del rebellin dando de beber á sus caballos, como si este solo objeto les hubiera allí conducido; así que pude montar, apenas llegué á tierra, y salir á escape antes de que dieran la alarma. Cuarenta relevos estaban preparados de Nantes á Paris, y sin duda alguna hubiera yo llegado á esta última ciudad el martes por la mañana, sin un accidente que, aunque pequeño en apariencia, me fué fatal y decidió del resto de mi vida.

» Al partir de la fortaleza, tomé el camino de Mauve, que si no me engaño, se halla á cinco leguas de Nantes sobre el Loira; punto en que estaba convenido que M. de Brissac y el caballero de Sevigné me tendrian preparada una barca para pasar el rio. La Ralde, caballerizo de M. de Brissac, que marchaba delante de mí, me dijo que era necesario apretar el paso, á fin de llegar, antes de que cerraran las puertas, á un arrabal que debiamos atravesar indispensablemente. Yo montaba un magnífico caballo de raza que habia costado mil escudos á Brissac, y temiendo su mucho vigor, no le rendí la mano, porque el piso era malo y resbaladizo. A este tiempo, Boisguerin, uno de los caballeros que me acompañaban, gritó nos previniésemos pues veia llegar dos guardias del mariscal hácia nosotros : llegaban en efecto, aunque, segun ví, muy agenos de venir en nuestra busca. Yo cogí una pistola, y la apunté al que estaba mas cerca. A este movimiento, el arma reverberó á los rayos del sol, que estaba aun bien alto, y el caballo espantado con el reflejo, dió un gran corcovo y me echó por tierra. En mi caida me desconcerté el brazo izquierdo contra un trascanton de la calle. Beauchesne, otro de mis compañeros, me ayudó á levantarme y á volver á montar á caballo, y aunque los dolores que sufria eran intolerables y tuve varias veces que tirarme de los cabellos para no perder el sentido, pude hacer de se-

guida cinco leguas, antes que la caballería que habia salido de Nantes en mi persecucion, pudiera darnos alcance. Llegamos al lugar donde me esperaban de Brissac y el caballero de Sevigné, y al entrar en la barca caí desmayado. Hiciéronme volver echándome agua en el rostro, pero al desembarcar en la otra orilla y querer montar de nuevo á caballo, me faltaron las fuerzas, y M. de Brissac se vió obligado á meterme en una pila de heno allí inmediata, con un caballero llamado Montet que me tenia entre sus brazos. Él se dirigió con los otros hácia Beaupreau, con el objeto de reunir la nobleza del pais y venir en mi socorro.

» Así estuve oculto mas de siete horas sufriendo lo que no es decible. Ademas del brazo desconcertado, tenia una contusion grave : á las nueve de la noche me acometió una fiebre violenta, y la sed que me producia, se aumentaba cruelmente con el calor del heno recien segado. No nos atreviamos á salir de allí, teniendo el rio tan cerca, por temor de ser descubiertos, y tambien porque no teniamos quien volviera á arreglar la pila de heno despues de volver á ella. Muchas veces oimos pasar caballos á derecha y á izquierda, sin poder darnos cuenta si eran las gentes que nos perseguian....

» En fin, á las dos de la mañana vino á buscarme M. de Poise Saint Offanges, noble de las cercanías, á quien M. de Brissac habia advertido de paso, y que esperó ver libre el campo de tropas para acudir en mi socorro. Pusiéronme en un carreton de labranza, y empujado por dos de sus criados, me condujeron á una casa de campo que á dos leguas de allí tenia.

» Algunas horas despues llegó M. de Brissac, y me hizo trasportar á Beaupreau donde se reunia la nobleza. Allí permanecí una noche, y al dia siguiente salí con doscientos caballeros, reuniéndome á las pocas leguas con M. de Retz que traia unos trescientos. Pasamos cerca

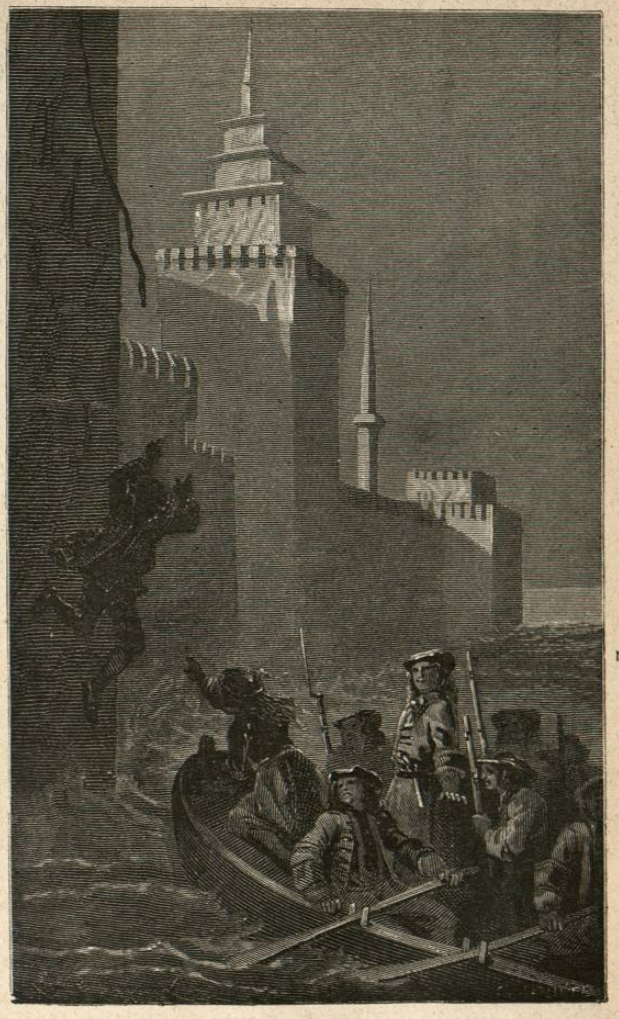
de Nantes, donde tuvimos un encuentro con las tropas del mariscal, que fueron rechazadas vigorosamente; y sin nuevo tropiezo, entramos en Machecus, que se encuentra en pais de Retz, donde estaba por entonces seguro. »

De Machecus, el cardenal de Retz se hizo trasportar á Belle-Isle, y algunos dias despues á San Sebastian de donde, con pasaportes de España, pasó en fin á Roma. (*Memorias del cardenal de Retz*, coleccion Michaud.)

QUIQUERAN DE BEAUJEU.

(1671.)

Pablo Antonio Quiqueran de Beaujeu, caballero de Malta, y uno de los primeros marinos de su época, habia adquirido una brillante y merecida reputacion por sus numerosas victorias sobre los turcos. En enero de 1660, sorprendido un dia por una violenta tempestad, y obligado á refugiarse en un mal puerto del archipiélago, fué atacado por treinta galeras de Ródas que mandaba el capitan bajá Mazamamet en persona. Apesar de la desigualdad de fuerzas, que hacian toda resistencia imposible, sostuvo el fuego durante doce horas, y no se rindió hasta haber agotado por completo sus municiones y haber perdido las tres cuartas partes del equipaje. Cargado de cadenas, lo conducian en triunfo en medio de las galeras turcas, cuando redoblando de violencia la tempestad, se halló en tal peligro la flota victoriosa, que Mazamamet, sincero admirador de los conocimientos superiores de su prisionero, se vió reducido á implorar su socorro, y le cedió la direccion de la maniobra. Esta disposicion fué acertada. La habilidad que desplegó salvó la escuadra de un naufragio inminente; y esto inspiró tal reconocimiento al bajá que, deseando salvarlo á su vez, suprimió su cualidad de caballero y disfrazándolo, le confudió con los esclavos de última clase. Pero el gran visir tuvo sin duda aviso, pues pidió ver los pri-



Soltó la cuerda y se arrojó al mar.

sioneros, y reconociendo á Beaujeu por la distincion de su porte ó por el retrato que de él le habian hecho, dispuso se le condujese al castillo de las Siete Torres, sin esperanza de canje ni rescate. La Puerta desechó todas las proposiciones que le fueron hechas por la órden de Malta, las que se le presentaron despues en nombre de Luis XIV, y hasta los venecianos, que intentaron comprenderlo en el tratado de Candía, no obtuvieron mejor éxito.

Once años hacia que se hallaba en prision, cuando Jacobo de Quiqueran, uno de sus sobrinos, que tendria á lo mas veinte y dos años, formó el atrevido proyecto de libertarlo y lo llevó á cabo. Pasó á Constantinopla con M. de Nointel, embajador de Francia, y consiguió licencia para visitar al prisionero, cosa que en general no se negaba á nadie, por hallarse en lugar tan seguro y tan severamente guardado. Contentábanse con registrar en el primer cuerpo de guardia á los que se presentaban, y allí retenian sus armas y cualquier instrumento cortante, y hasta las llaves si por casualidad las traian.

El caballero de Beaujeu se alarmó á la enunciacion del proyecto de su fuga, y titubeó considerando las funestas consecuencias que podria acarrear; pero once años de cautiverio, unido al gusto que conservaba aun por las empresas arriesgadas, y á la confianza que le inspiraba el valor de su sobrino, no le permitieron dudar por mucho tiempo. Asintió á todo, y desde entonces, cada vez que el jóven le hacia una visita, le llevaba un pedazo de cuerda que se rodeaba al cuerpo debajo de los vestidos; y cuando juzgaron que habria una cantidad suficiente, convinieron en el dia, la hora y la señal para la evasion. Llegado el momento oportuno y dada la seña, el caballero se descolgó de la torre, y hallando que la cuerda no era bastante larga, pues le faltaban cuatro ó cinco toesas, se arrojó al mar, que baña por esta parte el

pié del castillo. El ruido de su caida fué oido por algunos turcos que pasaban en un bergantin, y que echaron inmediatamente una lancha al agua; pero Jacobo de Quiberan que llegaba en esto, en un esquife bien armado, los hizo alejarse, recogió á su tio, y le condujo á bordo de un buque de guerra mandado por su amigo el conde de Apremont, que en seguida hizo vela para Francia. Así pudo Quiberan de Beaujeu volver al seno de su familia, y realizar la ya perdida esperanza de ver su pais, donde vivió aun largos años revestido con la encomienda de Burdeos que el gran maestre de Malta le confirió á su vuelta.

La evasion del caballero de Beaujeu costó la vida al caimakan (gobernador) del castillo de las Siete Torres. (Roze, *Elogio del obispo de Castres.*)

CÁRLOS II.

(1650.)

A la muerte de Cárlos I de Inglaterra, decapitado en Lóndres el 9 de febrero de 1649, Cárlos Estuardo, su hijo (despues Cárlos II), que se hallaba á la sazon en la Haya, pasó secretamente á Escocia donde se le reunieron sus numerosos partidarios. Reconocido como rey de la Gran Bretaña en Escocia é Irlanda, y contando con la cooperacion del partido realista en Inglaterra, se puso en marcha sobre la capital á la cabeza de un brillante ejército; pero fué batido por Cromwell en Dumbar (1651) y completamente derrotado en Worcester, donde dió pruebas de gran valor y de eminentes talentos militares. En la derrota que siguió á esta última batalla, Cárlos II se vió forzado á huir, casi solo y á través de mil peligros, logrando á duras penas pasar al continente y refugiarse en Francia al lado de su madre.

Las curiosas peripecias de esta fuga han quedado consignadas en un diario del mismo rey, del que extractamos los hechos principales.

Al ver la batalla perdida, la primera idea del rey fué de operar una marcha forzada y llegar á Lóndres, si era posible, antes que fuese conocida la noticia de su derrota; mas las personas de su séquito no fueron de esta opinion, y él mismo acabó por reconocer la imposibilidad de su proyecto. Forzado á abandonarlo, y variando

de este modo las circunstancias, le era necesario desembarazarse del gran número de oficiales que le seguian, y que sin contribuir á su seguridad, solo podian comprometerla : lo que consiguió poco á poco merced á la fatiga que hizo se fuesen quedando atrás la mayor parte. No sabiendo á qué punto dirigirse, Cárlos, acompañado aun de cincuenta ó sesenta oficiales superiores, tomó la direccion de Woolverhampton ; atravesó durante la noche y sin ser visto una ciudad vecina ocupada por un destacamento del ejército republicano, y de allí, aconsejado por uno de sus confidentes, pasó á un sitio llamado White-Ladys, alquería aislada que habitaba una honrada familia del nombre de Penderell, compuesta de cinco hermanos, los cuales contribuyeron á porfía á la salvacion del rey proscrito, con una abnegacion y desinterés admirables. A su llegada á la casa, un campesino vino á decirle que cerca de allí se encontraban tres mil hombres de su caballería mandados por Leslie, pero en desórden y próximos á desbandarse ; noticia que animó á los que acompañaban al rey para aconsejarle se uniese á aquellas tropas, con las que podria forzar el paso y volver á Escocia; pero Cárlos juzgó con acierto que la operacion era imposible.

« Esto, dice en su diario, me hizo tomar la resolucion de disfrazarme y dirigirme á Lóndres á pié, vestido de labrador, con unas calzas atacadas de paño burdo, un coleto ordinario y un capotillo de lana que tomé en la alquería de White-Ladys : me hice cortar los cabellos como las gentes del campo, y arrojé mis vestidos á un pozo, para que ninguno pudiese descubrir mi traza. A nadie comuniqué mi proyecto, si no es á lord Wilmot, pues los demas me rogaron les ocultase mis designios, por temor de ser sospechados si alguno llegaba á descubrirme. Lord Wilmot partió para Lóndres, y los demas oficiales y gentiles hombres de mi casa, que me

habian seguido, fueron á reunirse con la caballería de Leslie, que segun supe despues fueron deshechos por un destacamento republicano.

» Disfrazado como he dicho, y tomando á mi servicio únicamente á Ricardo Penderell, uno de los hermanos de White-Ladys, de cuya fidelidad me habia respondido M. Giffard, emprendí mi viaje bien de mañana al dia siguiente de la batalla, y marchando á pié, ganamos así un extenso bosque, y continuamos no lejos del lindero, á fin de descubrir el camino y poder ver á los que nos perseguian. »

Un cuerpo de caballería pasó en efecto por la ruta, pero no se detuvo á explorar el bosque en razon probablemente de la lluvia que no cesó en todo el dia. Cárlos Estuardo permaneció allí, sin tomar alimento y marchando á la casualidad, pues Ricardo Penderell no conocia el camino de Lóndres por aquella parte, y esto contribuyó á hacer cambiar al rey de itinerario. Llegada la noche, alcanzaron no sin dificultad la casa de campo de un noble del pais llamado Wolf, á quien Penderell dió á conocer con demasiada ligereza el nombre de la persona que le pedia asilo : afortunadamente Wolf era un realista fiel que se puso entera y lealmente á la disposicion de su soberano. Pero sus opiniones bien conocidas, hacian su proteccion mas peligrosa que útil. La casa estaba vigilada y no habia en ella un lugar oculto ni seguro, por haber sido ya visitada con frecuencia en estos tiempos de proscripcion. Fué pues indispensable ocultar al rey en una granja inmediata. A la noche siguiente salió de allí y deshaciendo parte del camino andado, pasó á la alquería de uno de los hermanos de Penderell, donde supo que Wilmot se hallaba escondido en las cercanías, y que no lejos de allí se encontraba tambien cierto mayor Careless á quien el rey conocia particularmente y en quien tenia entera confianza. Hí-

zole llamar en seguida, y habiéndole pedido consejo: «Tan peligroso es para V. M., le dijo Careless, el permanecer en esta casa, como el andar errando por el bosque: no conozco otro medio para pasar el dia de mañana, que el de subir á un árbol en paraje descubierto desde donde podamos descubrir los movimientos del enemigo; porque no tiene duda que explorarán el bosque en todas direcciones. »

» Aprobé esta idea, y Careless y yo partimos juntos antes de amanecer, llevando para todo el dia una ligera provision de pan, queso y cerveza, lo extrictamente necesario. Llegados á un claro del bosque, elegimos una magnífica encina, tan poblada que la vista no podia penetrar por entre sus hojas, y habiéndonos acomodado como pudimos en las ramas mas altas, pasamos allí todo el dia.... Desde nuestro árbol vimos partidas sueltas de tropa ir y venir por el bosque, en diferentes ocasiones, y registrar por todas partes la espesura. »

Esta encina se hizo célebre despues con el nombre de *Encina real*, y acabó por desaparecer, arrancada pedazo á pedazo por los jacobitas.

Despues de haberse concertado con Vilmot que, como queda dicho, se hallaba escondido en las cercanías, y con el coronel Lane que vivia allí cerca, se convino en que Cárlos continuaria su viaje como doméstico de una hermana de este último.

» A la noche siguiente me trasladé á la morada del coronel Lane, donde cambié mi traje de villano por la ibrea de un criado de buena casa, y á la mañana inmediata salimos mistress Lane y yo en direccion de Bristol. Pero no habiamos marchado dos leguas, cuando el caballo que montaba perdió una de sus herraduras, y nos vimos obligados á separarnos del camino hasta llegar á una aldea inmediata donde pudo repararse este contratiempo. Allí, mientras tenia el pié á mi caballo, le pregunté al herrador qué habia de nuevo en el pais. — « Nada, que yo sepa, me contestó, despues de la derrota de esos pícaros escoceses. — ¿Y no se dice, le pregunté de nuevo, si han cogido á algunos de los ingleses que se habian unido á ellos? — A algunos han echado el guante, me replicó, pero no he oido decir hayan dado caza al miserable Cárlos Estuardo, que es la causa de todo. — ¡Oh! en cuanto á ese, si le cogieran, merecia la cuerda mas que los otros por haber traido los escoceses al reino. » Al oir esto, mi hombre exclamó que yo era un excelente patriota, y nos separamos los mejores amigos del mundo. »

Despues de otras aventuras bastante peligrosas, llegaron á la casa de M. Norton, pariente de mistress Lane, y esta señora recomendó su criado al sumiller Pope, diciéndole que venia algo enfermo y que deseaba le cuidasen, pues se interesaba por él. La mañana siguiente, durante el almuerzo de los criados, en que tomó parte el rey, uno de los domésticos se puso á hacer una descripcion tan detallada de la batalla de Worcester, que Cárlos lo tomó por un soldado de Cromwell; pero bien pronto comprendió que habia formado parte del ejército real, y continuando sus preguntas, supo que habia servido en el regimiento de guardias. — « Le pregunté qué clase de hombre era el rey, y él me contestó dando la descripcion exacta del uniforme que yo llevaba durante la accion; y despues, mirándome fijamente, añadió que encontraba en mí una vaga semejanza con el rey, pero que este era mas alto que yo de tres pulgadas al menos. Acabado el almuerzo, me apresuré á dejar el oficio, mas temeroso de aquel soldado de mi propia guardia, que de cualquiera otro del enemigo que se hubiera presentado á mi vista. »

El sumiller Pope habia reconocido á Cárlos Estuardo, y sabiéndolo este, así como tambien que era un hombre

honrado é incapaz de traicion, juzgó prudentemente que lo mas seguro era confiarse á él, lo que hizo desde luego, y no tuvo lugar de arrepentirse, porque Pope se puso en un todo á sus órdenes y le prestó importantes servicios. Despues de vencer varios inconvenientes que parecian aglomerarse á designio para entorpecer la partida del rey y detener su salida de Inglaterra, pudieron en fin trasladarse los fugitivos á Trent y albergarse con toda seguridad en la casa de un partidario de Cárlos, llamado Frank Wyndham. Al llegar allí oyó un repique general de campanas en toda la ciudad, y preguntando el motivo, supo que era por la noticia de su muerte. Un soldado de Cromwell se jactaba de haber muerto al rey, y habia presentado como prueba su justillo.

Wyndham habia fletado un buque por su cuenta, y Cárlos, acompañado de este fiel partidario y de una señora nombrada Coningsby, fué á esperarlo al punto donde debia embarcarse; pero, no habiendo llegado á la hora convenida, se dirigieron por la costa á Burport, punto mas inmediato.

« Al llegar encontramos la villa ocupada militarmente. Quinientos soldados de Cromwell acababan de entrar, y todas las calles estaban llenas de uniformes encarnados. A esta vista Wyndham perdió la serenidad y me preguntó qué pensaba hacer. — « Entrar resueltamente en la mejor posada del pueblo, le respondí, y pedir el mejor cuarto... » Dirigimos, pues, nuestros caballos á la posada principal, y entramos en el patio que estaba lleno de soldados. Eché pié á tierra, y tomando los caballos por la brida, atravesé brutalmente por medio de aquella tropa que se encolerizó mucho de mi grosería; poco faltó para que viniésemos á las manos. »

Este incidente, que á haber tomado mayores proporciones, hubiera infaliblemente perdido á Cárlos Estuardo, pasó sin otras consecuencias, gracias á su presencia de

Poco faltó para que viniésemos á las manos.

espíritu. Entró en las caballerizas y allí se encontró con un nuevo riesgo. El mozo de cuadra le tomó por un antiguo camarada que habia conocido en Exeter, y echándosele al cuello, le habló de M. Potter, el amo á quien habian servido y que se hallaba á la sazon en Burfort, abrumándolo en seguida con mil preguntas, que el rey, al tiempo que se aprovechaba de su error, eludió contestándole :

— Es cierto que he servido á M. Potter, pero hace tanto tiempo, que ¡por mi vida! jamás te hubiera conocido. Ahora no puedo detenerme un instante, pues mi amo parte de seguida; mas á mi vuelta de Lóndres, que será en breve, renovaremos conocimiento delante de un jarro de cerveza.

Dos horas despues el rey y su compañero se reunian con lord Wilmot en la playa, no lejos de Burfort, y al frente del buque que habian fletado ; una lancha vino en seguida á tierra, pero fué para noticiar á los fugitivos que el capitan del barco habia cambiado de opinion y que no se decidia á correr los riesgos de aquella empresa. Cárlos se volvió consternado á Trent. Otro buque que se habian procurado en Southampton fué embargado por las autoridades para un trasporte de tropas, y los sordos rumores que empezaban á circular por los alrededores relativos al paso del rey, hacian peligrosa una estancia mas prolongada en casa del coronel Wyndham. Sus amigos le procuraron un nuevo asilo en Heale, cerca de Salisbury, donde permaneció cinco dias, durante los cuales el coronel Gunter, por medio de un negociante realista llamado Mansel, fletó un buque carbonero que se hallaba en New-Shoreham. Cárlos pasó inmediatamente á Brighton y se alojó en una posada del puerto, mientras el barco hacia su carga. Allí cenó en compañía de Gunter, Mansel y de Tattershall, el patron del buque. Durante la cena, Tattershall no quitó los ojos del

rey, y al levantarse de la mesa tomó aparte á Mansel, y se quejó de haber sido engañado; « puesto, añadió, que conocia al rey por haberle visto muchas veces cuando mandaba la escuadra real en 1648, siendo príncipe de Galles, y que aun habia recibido en una ocasion pruebas de su bondad. » Cárlos fué inmediatamente advertido de esto, y sin darse por entendido, halló medio de retener á sus convidados hasta la hora del embarque.

Llegada esta, y en un momento en que se hallaba solo en su cuarto, el posadero entró, y pasando por detrás de él, le besó la mano que tenia en el respaldo de una silla.

— Ahora, le dijo, ya no dudo llevar un dia el título de lord, si Dios me da vida.

Cárlos sonrió para mostrar que le habia comprendido, y pasó á la pieza inmediata donde le aguardaban sus compañeros.

Eran las cuatro de la mañana del 16 de octubre cuando todos partieron juntos en direccion de Shoreham. Apenas Cárlos y Wilmot, que fué el único que se embarcó con él, se encontraron solos con el patron del buque, este se echó á los piés del rey y le juró que, cualquiera que fuesen las consecuencias, le conduciria sano y salvo á las costas de Francia. El barco, ayudado por la marea, se dirigió rápidamente hácia la isla de Wight, como si hiciese vela para Deal adonde iba consignado; pero á las cinco de la tarde, segun estaba convenido con Tattershall, Cárlos se dirigió á los marineros y les declaró que su compañero y él eran dos comerciantes arruinados que huian de sus acreedores; y les suplicó le ayudasen á persuadir al patron para que los condujera á las costas de Francia. Como último argumento les dió unos veinte chelines para beber. Tattershall opuso muchas objeciones y tardó en convencerse; pero al fin cedió, y con aparente repugnancia puso la proa para la costa francesa.

Al apuntar el dia descubrieron el puerto de Fécamp, y al mismo tiempo una vela que hácia ellos venia, y que sospecharon fuese un corsario de Ostende. Este barco era sin embargo un guardacostas francés; pero sin detenerse en averiguar la certeza de su nacionalidad y procedencia, echaron la chalupa al mar, y los dos fugitivos fueron conducidos sanos y salvos al puerto. (*Memorias de Cárlos II*, coleccion Guizot. — *Historia de Inglaterra*, por Lingard.)